



Mailhe, Alejandra (2023). *En busca de la alteridad perdida. Indigenismos y mestizajes en Argentina y América Latina entre fines del siglo XIX y la década de 1960*. Bernal: UNQui. 622 pp.

Por Andrés KOZEL*

Recibida: 14 de agosto de 2024 Aceptada: 19 de octubre de 2024

Una primera reflexión puede bordarse aquí en torno a la expresión “En busca...”, donde resuena primordialmente el logro fabuloso de Proust, con sus múltiples connotaciones, todas fascinantes.** Junto a un colega y amigo –Hernán G. H. Taboada– publicamos hace poco, en México, un volumen colectivo cuyo título también acude a la expresión: *En busca de la civilización latinoamericana*. En la Introducción hicimos una

alusión a Proust y recordamos también el libro de Arturo Uslar Pietri, *En busca del Nuevo Mundo*, de 1969, y el de Óscar Terán, *En busca de la ideología argentina*, de 1986. Decía Terán: “Es el título proustiano de un proyecto imposible”. En la misma tesitura, decíamos nosotros: “lo que aquí se ofrece es apenas un balance provisorio de una exploración virtualmente inacabable”. Hace muy poco, Fabricio Pereira da Silva publicó *En busca da comunidade*, reseñado en este mismo número de *Wirapuru*.

Hay un par de elementos adicionales, que hacen que el asunto de la *busca* sea todavía más interesante. Lo imposible e inacabable de la exploración debe potenciarse, como mínimo, al cuadrado, ya que aplica tanto a las indagaciones emprendidas por las figuras autorales a las que interrogamos como a las nuestras (y cuántas veces nos sorprendemos buscando parecidas alteridades, civilizaciones, ideologías, mundos...). Y ese rasgo de doble imposibilidad e inacababilidad no vuelve a las exploraciones menos necesarias ni menos fascinantes, sino todo lo contrario. *La adoración perpetua*, escuché que ésa fue una opción que Proust consideró para titular su gran obra, también escuché que remitía a Ruskin y su Biblia de Amiens, a una búsqueda “a lo Parsifal”.

Búsqueda.

Estas búsquedas en particular –la emprendida por la veintena de figuras autorales abordadas por Mailhe y, también, por la propia Mailhe– merecen ser puestas de relieve dadas las peculiaridades del contexto cultural argentino que, como ella misma pone de relieve varias veces, predominantemente eurocéntrico y relativamente poco sensible a la apreciación de las alteridades –originarias, indígenas, afros, mestizas, o como se las quiera designar. Indagación en torno a varios discursos divergentes sobre “la alteridad” (¿perdida?) (¿no hay alteridades ya?) (¿no se las podría recobrar, al proustiano modo...?).

Digo predominante y relativamente porque, como este volumen viene, no digo a enseñarnos, pero sí, en todo caso, a terminar de persuadirnos, de ninguna manera conviene volver a incurrir en la vieja estereotipia de sostener que la cultura argentina ha sido impermeable a la tematización empática de “lo latinoamericano”. Conviene abandonar esa imagen impropia: no ha sido así antes y no lo es tampoco

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas / Laboratorio de Investigación en Ciencias Humanas, Universidad Nacional de San Martín. ORCID: 0000-0003-0898-2806. Email: <akozel@unsam.edu.ar>

** Versión retocada del comentario al libro de Mailhe con motivo de su presentación en el *Seminario de Historia de las ideas, los intelectuales y la cultura “Oscar Terán”*, sesión del 2 de agosto de 2024.

ahora. A tal punto que perfectamente podría mentarse una biblioteca del latinoamericanismo argentino –poblada, diversa, rica.

Pero volvamos al libro.

Me gustaría destacar cuatro elementos.

El primero tiene que ver con llamar la atención sobre la alta valía de la Introducción, donde la autora ofrece una serie de consideraciones teóricas muy elaboradas y que son de gran interés. Por ejemplo, sobre la conveniencia de prestar atención tanto a las disputas en la sincronía como a las presiones ejercidas en la diacronía por las tradiciones representacionales activas. Allí están Marc Angenot, pero también Antonio Gramsci y Raymond Williams, con su acento en la multitemporalidad o, mejor dicho, en la conflictividad temporal que anida en los discursos. Personalmente, me parece un acierto hacer énfasis en la noción de tradición para pensar estos problemas. Creo que es un matiz que nos permite justipreciar, mejor que la sola atención a la adaptación estratégica del intelectual a los sucesivos contextos, los propósitos autorales, la unidad relativa de esos propósitos, un supuesto de trabajo que me parece que no habría que abandonar a la hora de dar cuenta del “trabajo intelectual efectivo”. Otro aspecto importante de la Introducción, con el cual nos reencontramos en varios de los capítulos, es el que alude a la recepción, considerada desde un ángulo desjerarquizador, que destaca los impactos recíprocos, y esto en dos sentidos: el de centros y periferias y el de letrado y popular. Interesa advertir también que una parte no despreciable de las referencias teóricas que aparecen mencionadas en la Introducción corresponde a nombres propios latinoamericanos, creo que es algo que siempre vale la pena promover.

El segundo elemento que quiero poner de relieve es el esfuerzo, ciertamente logrado por la autora, de convertir el volumen en “algo más” que una colección de estudios sin demasiada conexión entre sí. No solamente porque las cuestiones planteadas en la Introducción los encuadran, ni, tampoco, porque el capítulo final presenta una hipótesis más general sobre los modos de pensar el mestizaje (asunto sobre el que volveré más luego), sino además porque en cada uno de los capítulos hay menciones bien concretas a los demás. Este rasgo hace que los estudios sean realmente capítulos de un libro que tiende más a lo orgánico que a lo fragmentario. Algo que es difícil de lograr, dado lo indicado hace un momento sobre la búsqueda y sobre lo imposible y lo inacabable. El esfuerzo de compaginación de los diecisiete capítulos (no incluyo en la cuenta a la Introducción ni al capítulo final), que sin duda fue importante y que quizá no era algo necesario *per se*, ayuda mucho a quienes se acercan a leer, vuelve al libro más un libro que una colectánea, y le otorga sustento adicional a la hipótesis que se perfila en el *finale*.

El tercer elemento que quiero destacar son varias focalizaciones que se detienen en aspectos poco conocidos o escasamente recuperados. Son acontecimientos, episodios, procesos y tramas que uno no había puesto adecuadamente en relación, o que uno supo y olvidó, o que uno no supo jamás y ahora empieza a saber. Personalmente, me resultaron especialmente interesantes los capítulos sobre Henri Girgois y sobre José Imbelloni. Dentro de uno de los capítulos dedicados a Ricardo Rojas, hay indicaciones valiosas que ayudan a comprender con más precisión, por ejemplo, algo que siempre es difícil de precisar como las fuentes y la naturaleza de su esoterismo. Hay diseminadas por el libro notas muy precisas sobre figuras fascinantes, como Guido Boggiani, Carl Lumholtz o Arthur Posnansky... Nadie verdaderamente interesado en América Latina puede ser indiferente ante los itinerarios de esos buscadores tremendos, supremos, de la alteridad. Buscadores a lo Proust y, también, me animo a escribirlo, a lo Indiana Jones... Todo el volumen está lleno de perlas de ese estilo, y es algo consabido cuánto trabajo puede llevar escribir una línea como muchas de las que aparecen diseminadas en esta obra y que, a veces, después de decantaciones sucesivas, terminan arrinconadas en una “modesta” nota al pie. Y por supuesto, cada lector puede armar aquí collares con sus perlas predilectas.

En el capítulo dedicado al vínculo entre Ernesto Quesada y Oswald Spengler, por ejemplo, aprendemos cuán preparado estaba Quesada para recibir la obra de Spengler y para dialogar con él.

Quesada lee a Spengler en torno a 1920, lo enseña en 1921, lo conoce personalmente en 1922 en Múnich, y conferencia sobre él en 1923, en Córdoba y La Plata, y en 1926, en La Paz, invitado por Posnansky. Pero antes Quesada había viajado por el mundo, y por las periferias del mundo, y había escrito al respecto, y había enseñado y escrito sobre arqueología del mundo precolombino. Quesada intentó convencer a Spengler de dos cosas: que conociera mejor el legado de las civilizaciones precolombinas y que evaluase la posibilidad de que el “nuevo ciclo” fuera latinoamericano, e incluso indigenista, en vez de eslavo. Este “Spengler a la Quesada” vendría a contradecir la disposición reaccionaria de Spengler, sobre todo del Spengler ulterior (el de *Años decisivos*), e impactaría en otros intelectuales latinoamericanos, con matices que vamos descubriendo en el mismo capítulo: es un caso de apropiación activa e, incluso, de influencia recíproca, ya que Spengler escuchó a Quesada, al menos en cierta medida. Toda una zona de nuestros años veinte y treinta se ilumina bajo otra luz con base en estos hallazgos.

En el capítulo dedicado a Joaquín Torres García y Mário de Andrade nos adentramos, por ofrecer todavía otro ejemplo, en dos modalidades distintas de incursión en el legado indígena desde el vanguardismo primitivista. Aprendemos, entre otras cosas, que no es improcedente imaginar al uruguayo Torres García (autor de *Metafísica de la prehistoria indoamericana*) como “heredero indirecto” de Ricardo Rojas (autor de *Eurindia* y del *Silabario de la decoración americana*) –el mismo Rojas que tributara a las investigaciones de Posnansky sobre Tiahuanaco y que se había convertido en referencia admirada para varios de los indigenistas peruanos. Aprendemos, también, cuán productivo puede resultar leer *Macunaíma* a la luz de *O turista aprendiz* (contemporáneo pero publicado póstumamente) y viceversa, y que el caso de Andrade es revelador de afinidades entre las epistemologías del folclore oral y la estética de las vanguardias: en la obra de este autor se evocan potencialidades inconscientes eventualmente capaces de superar el racionalismo occidental –de acuerdo con Mailhe, *Macunaíma* anticipa el posestructuralismo y lo hace con base en la familiaridad con categorías propias de los sustratos amerindios.

El último elemento sobre el que me gustaría llamar la atención tiene que ver con el capítulo decimoctavo y final, cuyo talante es de balance teórico conclusivo. En sus páginas aparece una pregunta sobre cómo se mezclan las culturas, o mejor, cómo es que se piensa acerca de eso. El esquema que se presenta es estimulante. Básicamente, se trabaja la distinción entre dos concepciones de la dialéctica del mestizaje. Una más conservadora, compelida por el horizonte de la amalgama, y otra más abierta, que se abre hacia un horizonte no sintético, sin conciliación, ni homogeneidad, ni trascendencia, sino más incierto. Amalgamas armónicas versus dualidades abiertas, para decirlo en pocas palabras. Se introduce también una periodización, según la cual el quiebre puede comenzar a percibirse hacia 1930. Según adelantamos, esta segunda concepción anticipa posiciones teóricas más contemporáneas: Serge Gruzinski y François Laplantine y Alexis Nouss, con sus énfasis en el encuentro e intercambio que mantiene la diferencia, en la posibilidad de ser uno y otro alternativamente, son aludidos aquí. Son puestos de relieve aportes de distintas figuras autorales, abordadas o no en los capítulos del libro: comparecen así Gilberto Freyre –juego irresoluble, antagonismo en equilibrio, ambigüedad siempre irresuelta–, Fernando Ortiz –“ajíaco”, sincretismo religioso, lúcido y elocuente– (en estos dos casos todavía bajo la presión de “forjar patria”), Mário de Andrade –interpenetración cultural–, Roger Bastide –también interpenetración, no síntesis sino yuxtaposición de máscaras precarias, una noción de identidad como instancia procesual, abierta, sesgada por la ambigüedad–, Bernardo Canal Feijóo –trauma y resistencia sin solución de los antagonismos–, Rodolfo Kusch –la tolerancia de la dualidad y de la contradicción; la fagocitación–. Y Mailhe no se priva de poner de relieve recaídas, contradicciones, paradojas: el panorama es, como puede advertirse, soberbiamente rico en matices.

Discutir la gran hipótesis perfilada en el capítulo decimoctavo puede llevar a que nos preguntemos si dicha hipótesis, contiene o no, y hasta qué punto, una suerte de teleología, así como una valoración o una

preferencia. También podrían discutirse aspectos más puntuales, buscando matices o ejemplos contradictorios tanto en las obras como en los periodos. En este nivel, podría pensarse en algo de lo que la autora está plenamente al tanto: las figuras autorales no escriben con las mismas intenciones, ni para públicos equivalentes, ni en situaciones contextuales impecablemente homólogas, etc.

Sobre la insinuada teleología, me gustaría dejar abierta la pregunta sobre cómo pensar desde el esquema propuesto la crisis de la idea de mestizaje, una crisis que también habría que definir y periodizar, pero que parece aludir a la emergencia de posiciones multiculturales/multiculturalistas hace ya unas cuantas décadas, posiciones pronto eventualmente superadas por posiciones interculturales/interculturalistas, en ambos casos preocupadas por un respeto a las especificidades identitarias que el cultivo del mestizaje supuestamente ocluía y ocluye. Me pregunto si, más que pensar en la sustitución de una configuración por otra, o incluso de un nuevo predominio, no conviene retomar aquí seriamente la noción de multitemporalidad o conflictividad temporal. Me pregunto también si no resulta conveniente postular como horizonte la deseabilidad de la coexistencia de la vindicación tanto de las identidades específicas como de la condición mestiza. Al hacer referencia a un horizonte deseable, paso a la última cuestión la de las valoraciones o preferencias. A este respecto, me gustaría instalar una inquietud sobre sus términos. Personalmente, prefiero pensar que lo que más importa en estas discusiones es el gesto respetuoso contrapuesto al gesto bestializador, y que este debiera ser el principal criterio de valoración. No tanto lo cerrado contra lo abierto, o lo estable contra lo precario. El respeto y no tanto la apertura. El respeto al otro, y el respeto a lo que somos, puesto que también somos esos otros. Esto también tiene que ver con la temporalidad. Tiendo a pensar que en Argentina y en América Latina seguimos necesitando habitar un momento de afirmación identitaria, y no promover la disolución. Afirmar y estabilizar no equivale necesariamente a esencializar. No somos solamente máscaras precarias iguales a otras máscaras precarias en una danza de iguales. Somos, venimos siendo (acudamos al gerundio para conjurar un poco el estigma del esencialismo), periferias neocoloniales, que en términos identitarios tendemos a desvalorizarnos, contribuyendo a reforzar el círculo vicioso de, llamémoslo como queramos, la dominación, la opresión, la dependencia, la deshumanización.

Este tipo de consideraciones nos devuelven a uno de los meollos del asunto, que se puede decir más o menos así, en forma de cascada de preguntas. ¿Afirmación identitaria equivale necesariamente a cierre? ¿En todos los casos la vanguardia es preferible a, digamos, el modernismo? ¿Siempre el cosmopolitismo es preferible al nacionalismo? ¿lo es también en el caso de los países periféricos y neocoloniales como los nuestros? ¿Hemos de valorar lo inestable y precario por sobre lo estable? ¿en todos los casos decir síntesis equivale a diluir tensiones y conflictividades? Y de nuevo: ¿mentar o hasta preferir lo estable empalma inevitablemente con posiciones esencialistas y cerradas? Y más, ¿es criterio suficiente para valorar una obra o una tradición intelectual calibrar cuánto se acerca o se aleja de lo que señalan los teóricos del centro más novedosos, pongamos, el posestructuralismo, Gruzinski, Laplantine y Nous? Esas teorías ¿no son también portadoras de valoraciones? Y todavía ¿no arrastran además desorientaciones?

Porque nosotros también formamos parte de la discusión. También estamos embarcados en la búsqueda de la alteridad y de más cosas. E inevitablemente, y diría que, por suerte, nuestra brújula está hecha menos de certidumbres científicas que de opciones en buena medida alimentadas de fantasías. Puede ser la de la amalgama conciliatoria, o la del carnaval paródico donde llevamos puestas máscaras precarias y nos abrimos a lo desconocido. Y así leemos las obras antiguas que nos precedieron en búsquedas afines a las nuestras, y lo hacemos para hablar, en este raro juego de espejos y mediaciones que nos propone la escritura, esta escritura que practicamos, la académica (que ofrece algunas posibilidades, pero que también nos condiciona grandemente), sobre lo que supuestamente queremos hablar.

Espejos, mediaciones, camuflajes: hablamos así, muchas veces más velada que abiertamente, desde la elección de un título, desde la selección de un corpus, desde algunos entresijos, desde un epígrafe de alta

significación, como el que tan vibrantemente preside el libro de Mailhe que ahora comentamos, un epígrafe que activa un círculo hermenéutico eventualmente infinito en relación con cada uno de los capítulos y con la gran y estimulante hipótesis perfilada en el capítulo que corona esta obra de imprescindible lectura.